

N° 8 / ABRIL 2023
\$8.000 | Santiago de Chile
ISSN: 2452-5480

puntoycoma



¿Por qué los intelectuales públicos?
Jean Bethke Elstain

Conversación entre Josefina
Araos y Pablo Ortúzar

Contrapunto sobre *El opio de los
intelectuales*, de Raymond Aron

Entrevistas a Daniel Innerarity, Alfredo
Joignant y Eric Voegelin

puntoycoma

© Punto y coma
© Instituto de Estudios de la Sociedad

Punto y coma N°8, abril de 2023
Santiago de Chile

Director: Claudio Alvarado
Editor: Joaquín Castillo
Coordinadora: María Josefina Poblete

Comité editorial IES: Pablo Chiuminatto, Jorge Fábrega, Joaquín Fernandois, Braulio Fernández, Elena Irarrázabal, Daniel Mansuy, Héctor Soto y Alejandro Vigo

Diseño: Huemul Estudio

Colaboran en este número: María Josefina Poblete, Joaquín Castillo, Pablo Ortúzar, Josefina Araos, Francisca Echeverría, Rodrigo Pérez de Arce, Elena Irarrázabal, Claudio Alvarado, Manfred Svensson, Iván Jaksic, Álvaro Vergara, Rachel Théodore, Cristóbal Aguilera, Diego González, Gabriela Caviedes, Eduardo Galaz, Asunción Poblete, Juan Ignacio Brito, Marisol García, Joaquín García-Huidobro E., Neil Davidson, María José Viveros, Lucy Oporto y María José Naudon.

Ilustraciones y fotografías: Alejandra Acosta, Fundación Jaime Guzmán, Alfredo Jaar, Rodrigo Marín, Archivo Universidad de La Frontera y Huemul Estudio.

ISSN: 2452-5480

Impreso en Andros



Agradecemos a la Fundación Hanns Seidel por su apoyo en la publicación de esta revista.

Editorial **04** *María Josefina Poblete y Joaquín Castillo*

La gran fractura: ideas y política en el Chile actual

Conversación entre Pablo Ortúzar y Josefina Araos	08	<i>Equipo Punto y coma</i>
Más allá del activismo	19	<i>Francisca Echeverría y Rodrigo Pérez de Arce</i>
Entrevista a Daniel Innerarity	26	<i>por Elena Irrázabal</i>
¿Un quiebre endémico?	34	<i>Claudio Alvarado</i>
Entrevista a Alfredo Joignant	42	<i>por Manfred Svensson</i>
La influencia política de Andrés Bello	49	<i>Iván Jaksic</i>
Entre la torre de marfil y el traje verde olivo	55	<i>Joaquín Castillo</i>

Rescate

¿Por qué los intelectuales públicos? **64** *Jean Bethke Elshtain*

Horas en la biblioteca

74

Contrapunto de Álvaro Vergara y Rachel Théodore sobre *El opio de los intelectuales*, de Raymond Aron.
Reseñas sobre Alan Jacobs, Anne Applebaum, Enzo Traverso, Claudio Ramos y Hugo Herrera.

Lorem ipsum

Increíblemente malo	94	<i>Juan Ignacio Brito</i>
Entrevista a Juan Pablo González	100	<i>por Marisol García</i>
La reforma agraria	106	<i>Joaquín García-Huidobro E.</i>
Humo en el cielo	112	<i>Neil Davidson</i>
La mirada de la infancia en María José Ferrada	118	<i>María José Viveros</i>
Entrevista a Eric Voegelin	123	
La putrefacción de la 'primavera' de Chile y el mal absoluto	128	<i>Lucy Oporto</i>
Jorge Teillier. La trama tras la poesía lárca	136	<i>María José Naudon</i>
Olimpo: Joseph Ratzinger / Benedicto XVI	142	

La gran fractura: ideas y política en el Chile actual

Es sabido que nuestra actual crisis tiene diversas causas, entre las que destacan la dificultad para dar respuesta a las principales preocupaciones ciudadanas como orden público, economía y pensiones; una deslegitimación creciente de las principales instituciones públicas y privadas; unas élites políticas cada vez más polarizadas; una frustración y malestar respecto del sistema institucional que no han encontrado soluciones satisfactorias, y un debate político de bajo nivel y absorbido por las lógicas del espectáculo. Pero a esos factores cabe además añadir otro elemento menos tratado en nuestras discusiones, aunque igualmente relevante: una fractura entre ideas y política. Ella se traduce, por un lado, en la dificultad que tiene parte importante de nuestra institucionalidad para procesar o mediar aquello que se elabora y propone desde las universidades o los centros de investigación. Por otro lado, el problema también reside en quienes ven la política como un campo libre para llevar a cabo sus proyectos abstractos sin consideración alguna por la realidad que quieren modificar.

En este contexto, el presente número de *Punto y coma* busca preguntarse cómo lograr una relación sana y fructífera entre ideas y política, conscientes de que la especificidad de cada uno de estos ámbitos exige distinguir aquello en lo que pueden aportar de cara a los desafíos de una sociedad crecientemente compleja. Después de todo, el cortoplacismo o la búsqueda del aplauso fácil, o el lenguaje enrevesado y abstracto, hacen que política e ideas parezcan ir por carriles paralelos, con el consiguiente empobrecimiento de nuestro debate político.

Sobre este problema resulta tentador culpar a la clase política. En los últimos años abundan los ejemplos de dirigentes que han sido impermeables a la evidencia y que han empujado proyectos con consecuencias nefastas para nuestro futuro. Los retiros de los fondos de pensiones han sido el ejemplo más elocuente de este problema, pero lo cierto es que abunda una política de la performance o de la pura reacción, incapaz de generar proyectos con visión de Estado que perduren en el largo plazo.

No obstante, sería un error asumir que el problema existe solo en ese ámbito. También quienes se dedican al cultivo de las humanidades y las

ciencias sociales han experimentado obstáculos para colaborar de manera más útil a nuestra discusión pública. El ejemplo más preclaro de esta desconexión es lo ocurrido con la Convención, autora en 2022 del fallido borrador constitucional allí, a pesar —y, en parte, por culpa— de la presencia de académicos con vasta experiencia universitaria, se desplegó un discurso autorreferente y autosuficiente que desconoció la institucionalidad arraigada en Chile, ignoró las preocupaciones urgentes de una población cada vez más frustrada con el sistema político e intentó rehacer nuestra sociedad a partir de modelos abstractos o importados de otras latitudes. De ese modo, no pudieron contener o canalizar ciertas prácticas perniciosas de nuestra clase política, que incluso se mostraron de manera más nítida en dicho órgano.

El problema, sin embargo, también está presente en las universidades, las que han tendido en el último tiempo a encerrarse en lógicas de producción de conocimiento —*papers*, publicaciones, fondos de investigación— que suelen interpelar, en el mejor de los casos, solamente a los especialistas, más que a un público general interesado en las cuestiones comunes. El problema de fondo, en una y otra dimensión, es que su solución no pasa simplemente por el hecho de que nuestros políticos tengan muchos grados académicos o que los intelectuales participen en la “batalla” de las ideas, sino en buscar modos sanos en que uno y otro mundo se relacionen.

La fractura entre política e ideas nos sitúa en un escenario crítico y desafiante. En un sentido más amplio, parte importante de esta crisis se relaciona con una desconfianza de larga data en todo tipo de mediación: pareciera que en nuestra vida privada e interacciones públicas, en el mercado o en las redes sociales, queremos acceder de manera directa a la información, a las mercancías o al trato con los demás. Ya no aceptamos con tanta facilidad las demoras o distancias que implican las grandes instituciones por medio de las cuales interactuábamos en el pasado, las que se encuentran envueltas en un manto de desconfianza y deslegitimación. Es quizás ese mismo fenómeno el que se observa entre políticos e intelectuales, cuya labor, por antonomasia, es de mediación: mediación entre grupos humanos o regiones que tienen intereses contrapuestos,

entre el mundo de las ideas y el de la acción, entre quienes piensan diferente y se ven compelidos a compartir espacios e instituciones. ¿Cómo se pueden relacionar de manera más sana estos mundos que necesitan de la mediación si es justamente ese principio el que está puesto en entredicho? ¿Cómo pueden los ciudadanos valorar, confiar e interactuar con otros si quienes debieran ser los primeros en mediar no logran su cometido? ¿Cuánto influye en este escenario la sobrepoblación de medios, personas y estímulos de todo tipo que luchan por nuestra atención? ¿Cómo construir lo común si la fragmentación es una marca constitutiva de nuestro presente?

Este número de *Punto y coma* quiere dar cuenta de esa desconexión que existe entre la política y las ideas, así como esbozar algunas vías que permitan cultivar una relación más saludable entre ambas dimensiones. Tomando en cuenta la particularidad de esa distancia en el mundo actual, la política con sus lógicas propias del espectáculo y tentada por el cortoplacismo, o una academia encerrada en sí misma y en sus jergas propias de especialistas, urge la búsqueda de políticos e intelectuales que quieran construir vínculos entre dos áreas tan relevantes para la vida social.

Los ensayos y entrevistas que aquí se incluyen subrayan la importancia de una intelectualidad atenta a las particularidades de la realidad, de la vida concreta: no sirven las abstracciones, las planificaciones globales o los modelos ideales que ignoran la propia historia y la cultura de las comunidades en las que buscan incidir. La lectura que subyace a toda esta reflexión es que necesitamos reconstruir los lazos entre ambos mundos, cuidando la función específica de cada uno, pues solo así podremos dotar de mayor fundamento la acción política permitiendo, al mismo tiempo, que esta última actividad esté anclada en la realidad. Tal como destacan los autores y entrevistados en las páginas que siguen, tanto las universidades y centros de estudio como la clase política deben estar particularmente atentos a la realidad que buscan comprender y sobre la que quieren influir. Es esa realidad la que debiera ser punto de partida para toda reflexión y acción; es ella la que da sentido a todos sus esfuerzos.

Joaquín Castillo
María Josefina Poblete
Editores



La gran fractura: ideas y política en el Chile actual





Sobre influir y comprender

Una conversación
entre Josefina Araos
y Pablo Ortúzar

EQUIPO PUNTO Y COMA



Además de ser activos comentaristas de la actualidad política, Josefina Araos y Pablo Ortúzar nunca han dejado de lado su faceta académica. Araos cursa un doctorado en filosofía en la Universidad de los Andes, donde estudia el pensamiento de Hannah Arendt, y Ortúzar entregó hace pocos meses su tesis doctoral en la Universidad de Oxford, en la que aborda los orígenes del principio de subsidiariedad. Comparten, además, lecturas y conversaciones al alero del Instituto de Estudios de la Sociedad (IES), donde ambos son investigadores.

En esta conversación quisimos profundizar en la relación entre la academia y el debate político: ¿qué identifica el rol del intelectual público a diferencia del académico? La política y la academia, ¿son excluyentes o complementarias? ¿Qué puntos ciegos tiene cada una? Estas y otras preguntas las abordamos con dos de los intelectuales jóvenes más destacados del escenario local.

¿Cómo entienden el papel de las ideas en la acción política?

PABLO ORTÚZAR (PO): Creo que la acción política siempre remite, finalmente, a horizontes de sentido que se presentan en forma ideal. Horizontes que, además, configuran nuestra manera de entender el tiempo y vivir en él. Las ideas, en ese plano, orientan la acción política. Pero también recogen la experiencia específica de esa acción y proponen límites y exigencias a la práctica política respecto de cómo orientarse efectivamente a ese ideal. Todo debate político sobre medios y fines es, en suma, un debate de ideas. Ellas dan autoridad al poder político, que sin ellas sería pura fuerza.

JOSEFINA ARAOS (JA): Conuerdo en general con lo que plantea Pablo, aunque quizás subrayaría más la reciprocidad de la relación entre ideas y acción política. Entender el papel de las primeras exige comprender qué las une a las segundas. Por reciprocidad me refiero a que ambas están en una dinámica permanente de tensión y diálogo, que debe mantenerse siempre, o de lo contrario arriesgan instrumentalizarse unas a otras. Las ideas no nacen de una abstracción que ocurre en algún lugar previo a la acción, sino que son resultado de una conciencia siempre arraigada en alguien que, como dice Hannah Arendt, vive con otros y experimenta su propia subjetividad como un diálogo; nunca en pura soledad. Ese es el dato ontológico originario: que vivimos con otros y nuestra conciencia y reflexividad surge de ahí. Eso sitúa las ideas en vínculo con la acción, con el mundo y con otros. Y me parece importante subrayar esto, porque si la idea prescinde o desprecia esa realidad, la primera siempre termina reivindicando una jerarquía sobre la

segunda, y ambas se empobrecen (un ejemplo de esto es lo que vimos en la Convención). Dicho de otro modo, pierde sentido de realidad. A su vez, la acción que desprecia las ideas se vuelve pura estrategia, pura fuerza, como dice Pablo, pues olvida que remite a algo más allá de sí misma. La acción sin ideas o sin reflexión es una acción sin raíces, como dice Arendt; una acción sin proyección y sin capacidad de juicio, que olvida sus implicancias sobre la vida cotidiana. ¿A que principios y orientaciones últimas remite, más allá del mero pragmatismo?

PO: Muy de acuerdo. La relación entre ideas y acción política es efectivamente de reciprocidad. Como decía Kant, los pensamientos sin contenido son vacíos, y las intuiciones sin conceptos son ciegas. No podemos conocer desde la pura experiencia ni desde la pura abstracción. Y ambas dimensiones, además, están atravesadas por la naturaleza social del ser humano: venimos al mundo de y con otros. Y, por lo mismo, nuestro lenguaje nunca es privado. Ahora, en el caso de la política, lo explorado es el poder. Y ahí la tendencia histórica de los colectivos sociales ha sido a dejar las deliberaciones sobre la relación entre forma política y virtud o justicia hacia “adentro”, hacia un “nosotros” que, en el pasado, suponía una serie de exclusiones por sexo o estatus, y relacionarse desde la coerción hacia afuera, hacia los “otros”. En ese sentido, el anclaje social de lo político no necesariamente lo vuelve menos brutal. Lo que ha horadado la desmesura de lo político, creo yo, ha sido la revelación del Reino de Dios, que destruye la unidad político-religiosa de las comunidades del mundo antiguo y abre el espacio para la reflexividad, al bifurcar la autoridad política de la espiritual y establecer límites para ambas.